

á milagroso ó á maravillas. A tres clases veo reducidos en el dia los que se han levantado con el nombre de críticos: los primeros son ciertos espíritus libres y soberbios, que siendo enemigos irreconciliables de la sana razon y la verdadera filosofia, pretenden levantarse con el nombre de filosofos racionales, que orgullosos y desvanecidos con ajenas victorias, ó desengaños de preocupaciones vulgares y supersticiones debidas al desvelo de los padres y sábios teólogos católicos, y no á alguno de los de su clase; que teniendo por baxeza y esclavitud tiránica del espíritu el sugetarse á la fe de los misterios que la iglesia santa, que los padres y los doctores enseñan, hacen sus artículos de religion, en que juran atrevidamente, las anécdotas ridiculas, los errores monstruosos, las noticias falsas, las irrisiones sacrilegas, que un Baile ó un Le-Clerc, que innumerables, ó ateistas, ó deistas, ó protestantes venden sobre su palabra: hombres en fin, para quienes es ridicula aun la voz de milagro. De esta primera clase de críticos ni temo la censura, ni espero ni deseo la creencia de lo que escribo: sería necedad esperar que creyeran un milagro, aunque establecido sólidamente sobre los mas piadosos cimientos de la fe

humana, los que se burlan de los milagros autorizados por el infalible testimonio de la suma verdad, seguro apoyo de una fe divina: desear que lo creyeran, sería imprudencia; porque tan léjos estaría su testimonio de añadir crédito al milagro, que le desacreditaría notablemente; pues para sospechar un hecho mentiroso, basta que le patrocinen los jurados enemigos de la verdad.

A la segunda clase de críticos pertenecen ciertos espíritus fuertes, que profesando religiosamente los artículos de la fe santa, son partidarios de un scepticismo crítico en casi todos los puntos de tradiciones piadosas, milagros y prodigios que publica y cree la piedad de los pueblos no sostenida de una autoridad infalible. Estos (entre quienes no ha faltado quien se atreva á proferir, que solo cree los milagros que se refieren en los libros sagrados) estos, digo, que huyendo imprudentemente de la supersticion se precipitan en la incredulidad, han formado en estos dos últimos siglos una secta cuyo caracter es la novedad; cuyo fin es destronar de su antigua posesion artículos venerables por el unánime consentimiento de los siglos, y cuyos medios son el desprecio de los monumentos mas autorizados, el desacreditar escritores res-

petables por su santidad y sus letras como hombres de una piedad sin critica; todo esto sobre los flacos cimientos de debilísimas conjeturas. Apariciones milagrosas, maravillas obradas por medio de la invocacion de los santos, revelaciones, portentos no son en la balanza de su critica sino devotas fábulas, que fomenta una devocion superficial de la plebe ignorante y de las mugeres piadosas. Siglo afortunado para el que reservaba la Providencia el desengaño de preocupaciones en que por largos años estuvo sepultado el mundo cristiano. Siglo prodigiosamente fecundo, que á un mismo tiempo ha producido anticuarios aduladores de lo pasado, que veneran como monumento sagrado una medalla de bronce ó plomo carcomida de la humedad y el polvo, y respetan como oráculo una inscripcion confusa y obscura; y anti-anticuarios idólatras de la novedad que dudarán que hubo Carlos Magno ó Bernardo del Carpio, por una anecdota ridícula que encuentran en un pergamino destrozado.

Cuantos peligros amenacen á la religion los críticos de esta secta, no es de nuestro instituto probar. Ni debemos lisonjearnos que contribuirán con sus sufragios á la credibilidad de este milagro, ni debe-

remos formar queja de que le duden ó le impugnen, cuando dudan é impugnan casi todos cuantos venera, aun en el día, la sólida piedad de los católicos en tantos milagrosos sucesos autorizados por una respetable tradicion.

Pero si esperamos que tributarán una creencia piadosa y firme á este milagro, aquellos prudentes críticos (que solo merecen este nombre) que caminando por la segura senda del respeto que se debe á las tradiciones sostenidas del comun consentimiento, de la autoridad de los escritores que las publican, de los documentos antiguos que las confirman; distinguiendo la verdadera tradicion del vago rumor; las vulgares preocupaciones y supersticiosos errores de la multitud ignorante del respetable juicio y sentencia comun, difundida hasta nosotros de nuestros mayores saben sacar del rico tesoro de la antigüedad las piedras preciosas y de los nuevos descubrimientos las brillantes joyas. Esperamos, vuelvo á decir, que los críticos de esta clase tributarán humildes el respeto de una piadosa creencia, y confesarán sin recelo, que goza una moral credibilidad la aparicion milagrosa de María Santísima en su imagen de Guadalupe de Megico, que acreditan y confirman la tradicion pura, unifor-

me, inmemorial, universal de dos siglos y medio: la veneracion y culto de preladados prudentes y santos, de príncipes ilustres, de religiones observantes, de sábios de todas clases, de casi todo el mundo católico: el testimonio de autores contemporáneos: los documentos escritos y monumentos antiquísimos: la misma imagen conservada á pesar del lugar y el tiempo.

Y cuando todo esto no bastára, debería sobrar la autoridad de la iglesia cuya voz desde lo alto del Vaticano resuena con respeto en los rincones mas retirados del mundo en aquel glorioso epígrafe, inmortal monumento de la felicidad de la América, vinculado en la aparicion guadalupana: *Non fecit taliter omni nationi*. Soberano epígrafe, que llena de consuelo nuestros corazones, y alienta dulcemente nuestras esperanzas; que refrena las sospechas é injurias de una crítica atrevida; que ha difundido por todo el universo el culto reverente de este milagro, y que justamente nos obliga á exclamar á cuantos tenemos la dicha de venerar de cerca esta copia hermosa de María en un ayate, y de besar las paredes de su templo: ¡verdaderamente Dios fué el autor y artífice soberano de esta obra, cuyo mi-

lagro y portento singular está patente á nuestros ojos!

A Domino factum est istud, & est mirabile in oculis nostris.

O. S. C. S. R. E.

ADVERTENCIA.

Por haber salido á luz en el tomo 4 de las memorias de la Real Academia de la Historia la presentada por Don Juan Bautista Muñoz sobre la aparicion y el culto de nuestra Señora de Guadalupe de Méjico muchos años despues de impresa por la primera vez esta disertacion, y de haber muerto su autor; no se contesta en ella espresamente á algunas dificultades, aunque pocas, de las que se oponen en dicha memoria contra la verdad de la aparicion. Pero si el sabio Uribe por su muerte no pudo hacerlo; contesta á ellas victoriosamente su digno sucesor en el curato del Sagrario de Méjico Don José Miguel Guridi y Alcozer en su apología impresa en la misma ciudad el año 1820.